

JUGAR CON SANGRE

En el norte de Marruecos está desangrándose estúpidamente—estúpidamente, esta es la palabra—una buena parte de la mocedad española. Y sin saber por qué ni para qué. Como no sea, en el fondo, para satisfacer un frívolo capricho imperialista y por desquite del desastre colonial de 1898. Y lo más del pueblo asistiendo impasible, frívolo también, más que resignado, a ese desangre trágico. Es como si asistiera a una corrida de toros, escuela de la frivolidad sanguinaria.

En tanto, muere en la plaza de toros de Madrid un pobre muchacho, víctima de este feroz ambiente de frivolidad sanguinaria, de barbarie pública. Buscaba tristemente una fortuna, y acaso una gloria, un renombre, una popularidad más triste aún que la muerte. Por aspirar a ser un astro de la más baja plebe—nada más plebeyo que la «afición»—se ha extinguido en sangre el pobre torero. Su gloria, su vergüenza torera, corre parejas con la gloria de los que mueren estúpidamente en el norte de Marruecos. Qué no dan su sangre por la patria, no. La empresa marroquí no es más patriótica que una corrida de todos con efusión de sangre humana.

Y el presidente del Consejo de ministros habla en el Parlamento de las corridas de toros, para excusarlas, casi como se habla de la empresa conquistadora de Marruecos. Lo que el señor Sánchez Guerra dijo de la «fiesta nacional»—¿por qué no patriótica?—es algo que mete frío en el corazón. Diríase que la tauromaquia es una escuela de casticismo y de valor. Acaso se trate con ella de evitar que la carne de los españoles se vuelva carne de gallina, como se dijo de los muertos en Annual. Aunque para gallinas ahí están los que vociferan desde los tendidos y los que desde la Península predicán la guerra santa a la morisma, bajo la enseña de Santiago Matamoros. A quien, como muestra de lo que ha de ser la acción civil del protectorado, se le ha puesto en el altar de una iglesia de Nador. Es un modo de atraerse a los moros.

Derraman estúpidamente su sangre mozos españoles en el norte de Marruecos, y derrama tristemente la suya en una plaza de toros un pobre mozo hambriento de fortuna y de halago popular. Víctimas unos y otros de la frivolidad sanguinaria. Y en tanto, el verdugo da garrote a unos reos. ¡Pero sin efusión de sangre!

Haciendo observar, en efecto, una vez

el que esto os dice lo inhumana que es la institución del verdugo, y cómo hay que acabar con éste, aun no acabándose con la pena de muerte, haciendo que los reos, todos de esta pena sean fusilados, oyo que, al fin, el garrote a la española es preferible a la guillotina francesa, pues en el garrote no hay efusión de sangre. Y le corrió un escalofrío al oír ese eutrápico juicio, de una frivolidad sanguinaria también. Porque en el garrote hay efusión de sangre, si bien es hacia dentro. De hemorragias internas muere mucha gente; sobre todo los hemofílicos.

¿Y cuando el mismo presidente del Consejo, el que disculpó la barbarie sanguinaria de las corridas de toros, habló de la «sentimentalidad» de los que piden indulto para la pena de muerte? Parecían sus palabras obedecer a una inspiración también de frivolidad sanguinaria. Y recordábamos unas terribles páginas del conde José de Maistre sobre la pena de muerte y el verdugo.

Y todo se enlaza. El desangre de la mocedad española en Marruecos, el desangre del pobre torero que aun no había entrado en quinta—casi un menor de edad, un niño!—y el agarrotamiento de los pobres reos de Sabadell y de Lérida—y antes el gitano de Alicante, «el Pelotobo», que ni es seguro que hubiese sido justamente condenado, pues que no fué sino ocasión de una muerte por tétano—, todo ello nos pone frente a un pueblo envilecido y encanallado por la frivolidad sanguinaria, frente a un pueblo que vocifera desde el tendido de la plaza de toros, que va a presenciar, si se lo permiten, una ejecución a muerte—y a las veces don merienda—y que devora los relatos de las hazañas de los legionarios, que hacen las delicias de las camareras y mozas de placer.

Y ese mismo ambiente popular de frivolidad sanguinaria es el que determina los crímenes llamados socialés, la salvajería de los atentados de los del «único» y los del «libre». Y luego matonería y tahurería.

Y este vaho de la más baja grosería, este abyecto sentir de plebe de pan y toros, esto llega a lo más alto. Guerra de Marruecos con carne de pueblo, tauromaquia castiza y verdugo de garrote, son síntomas de la misma profunda dolencia moral. ¡Qué terrible cosa es jugar con sangre! ¡Qué terrible es la hemofilia!

Miguel de UNAMUNO

